

La agricultura familiar pampeana: notas sobre historia y actualidad

*Family farming in the pampas:
notes on its history and present*

Eduardo Azcuy Ameghino y Gabriela Martínez Dougnac*

Fecha de recepción: agosto 2014
Fecha de aceptación: noviembre 2014

Resumen

Desde una perspectiva histórica se reflexiona en el presente artículo acerca del desarrollo de la agricultura familiar en la pampa húmeda argentina atendiendo a las transformaciones ocurridas en su seno a partir de la expansión del capitalismo agrario. Si bien se reconoce en la zona el significado histórico del productor de tipo familiar, el “chacarero” pampeano, destacamos asimismo, aportando algunas cifras al respecto y analizando sus particularidades regionales, la eficacia que ha tenido el proceso de descomposición de las unidades productivas de esta naturaleza, sobre todo durante las últimas décadas dando cuenta de un escenario en el cual la subsistencia del agricultor familiar se presenta cada vez más dificultosa.

Palabras clave: agricultura familiar; agro pampeano; capitalismo agrario; contratismo.

Abstract

This article analyzes on an historic perspective the developement of family farming in the humid pampas attending to the changes on it since the growth of the agrarian capitalism. Although we recognize the historic meaning of the family farmer in the region, the “chacare-ro” of the pampas, we stress with some statistics and regional singularities the success of the decomposition process of this kind of productive unities, mainly during the last decades, in which the survivance of the family farmers became more difficult.

Key words: family farms; pampas agriculture; agrarian capitalism; custom services.

* Investigadores del Centro Interdisciplinario de Estudios Agrarios (CIEA), Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires. Correo electrónico: eduardo.azcuy@hotmail.com.ar ; gmd.ciea@yahoo.com.ar

Introducción

Los orígenes de lo que hoy muchos denominan –con diversos matices teóricos– agricultura familiar, se remontan al pasado colonial de la Argentina. Para entonces la actual región pampeana era un vasto espacio semidesierto donde la gran propiedad territorial y los latifundios generados por las políticas de tierras de la corona española coexistían con un campesinado relativamente disperso que debía, en la medida que sus heterogéneas formas de resistencia no lograran impedirlo, transferir plustrabajo o plusproducto a los propietarios de las condiciones de producción en virtud de un variado repertorio de compulsiones y presiones extraeconómicas. Entre las cuales se contaban el peonaje obligatorio, el arrendamiento forzoso y el sistema de agregados o arrimados en las estancias, donde a cambio de residencia, subsistencia y protección rendían una renta en trabajo participando de las diversas labores estacionales características de dichas explotaciones agropecuarias (Azcuy, 1995).

Estas formas de dependencia personal, más allá de la presencia de núcleos campesinos inestables y precariamente independientes, definen una situación donde la dependencia personal, los paternalismos, clientelismos, y otras manifestaciones de la fuerza de los terratenientes principales en cada comarca o región eran puestos en juego en virtud de la necesidad económica del campesinado colonial de transferir trabajo excedente a terceros. En tanto disponían de medios de producción y acceso directo a medios de subsistencia –en el marco de una legalidad todavía difusa en la vastedad de los campos– que les permitían reproducir su existencia en forma autónoma.

En suma, un campesinado de pequeños agricultores y/o pastores, que muy lentamente, durante las décadas que siguieron a la revolución de independencia, iría desembarazándose de las trabas a su libertad personal, participando vía diversos mecanismos de diferenciación social de los procesos de acumulación originaria de capital. Este cuadro, con los matices propios de la evolución económica y social, y de los planteos productivos, se extendió hasta los inicios de la agricultura en gran escala y la consolidación de la llamada “Argentina moderna” hacia fines del siglo XIX. En ese entonces el peso creciente del trabajo asalariado, especialmente en las cosechas y acopios, estableció el predominio –en principio en la región pampeana– del capitalismo agrario (Volkind, 2011), en un país que consolidaba su carácter de económicamente dependiente de las principales potencias de la época.

Campeños, chacareros y cuestión agraria pampeana a principios del siglo XX

Consistentemente con los rasgos históricos fundacionales que hemos esbozado, durante las primeras décadas del siglo XX el vertiginoso incremento de las superficies cultivadas se produjo dentro de un sistema socioproductivo denominado “el viejo arrendamiento”, en virtud del

cual la mayoría de los titulares de las pequeñas y medianas explotaciones que se iban habilitando en línea con la demanda de tierras motorizada por una inmigración creciente, sólo accederían a su uso mediante distintas modalidades de alquiler, en muchos casos condicionadas por la articulación con el negocio ganadero que operaba buena parte de los terratenientes rentistas, subordinando a esta actividad la instalación y rotación de los colonos dentro de sus estancias.

Dado que estas modalidades de arriendo se desarrollaban al calor de una extremada asimétrica relación de fuerzas –económica, social y política– entre los terratenientes y la gran mayoría de los arrendatarios, al tiempo que se recortaban sobre una historia reciente preñada todavía de rasgos precapitalistas, no llama la atención que en muchos contratos de arriendo junto con los montos o porcentajes de la producción a pagar se consignaran las más diversas y arbitrarias imposiciones sobre quien tomaba la tierra. Entre ellas por ejemplo, la indicación de qué sembrar y en qué orden hacerlo, a quién vender la producción, con quién trillar el grano, y otras obligaciones contractuales de similar sentido (Palacio, 2006). Como resultado es posible afirmar que durante casi medio siglo los pequeños y medianos productores arrendatarios de la región pampeana –alrededor de dos tercios del total– vieron fuertemente limitadas sus “libertades capitalistas” básicas (Boglich, 1937), es decir las de empresa y comercio. En este contexto la lucha por dichas libertades constituyó uno de los núcleos principales de lo que hoy denominamos la vieja cuestión agraria pampeana, la cual signó la conflictividad social rural, dando origen a grandes y pequeños episodios de lucha y protesta.

Si bien en el marco de estas notas sólo cabe mencionarlo, es importante destacar que las modalidades de la puesta en producción agrícola de la región pampeana, su carácter plenamente mercantil, el tipo de planteos productivos, el tamaño de los lotes, los correspondientes medios de producción, etc., impusieron el desarrollo de un tipo social que lentamente se iría alejando de los rasgos del campesinado que había laborado la tierra en la región durante buena parte del siglo XIX. Integrado éste en su mayoría por productores familiares relativamente poco capitalizados, las nuevas modalidades determinadas por el modelo agroexportador que se iba imponiendo (Azcuay, 2011), exigieron su adaptación a los rasgos que estaba adoptando la producción agrícola. Este es un punto muy poco estudiado por la historia agraria argentina, en el cual convergen el poco numeroso campesinado de origen local, con la masiva incorporación de labradores inmigrantes, y con las modalidades inherentes a la nueva agricultura, de resultados de lo cual surgiría en la región un campesinado crecientemente capitalizado –en relación con el de tipo tradicional con el cual coexistiría,

Como resultado es posible afirmar que durante casi medio siglo los pequeños y medianos productores arrendatarios de la región pampeana –alrededor de dos tercios del total– vieron fuertemente limitadas sus “libertades capitalistas” básicas.



a menudo solapado, durante algunas décadas— a tono con la moda predominante en el tamaño de los lotes oscilante en torno a las cien hectáreas (Pucciarelli, 1986).

Este tipo de campesino capitalizado recibiría el nombre de chacarero, y contaría entre sus posibilidades —aunque más como excepción que como norma— con la alternativa de acumular capital, rasgo que conservaría durante prácticamente un siglo hasta la actualidad.

Este tipo de campesino capitalizado recibiría el nombre de chacarero, y contaría entre sus posibilidades —aunque más como excepción que como norma— con la alternativa de acumular capital, rasgo que conservaría durante prácticamente un siglo hasta la actualidad.



fundamental durante la década de 1940, mediante las políticas de rebaja, congelamiento y extensión de los arrendamientos que brindaron una nueva estabilidad, si no económica al menos jurídica, al chacarero arrendatario. Lo cual fue acompañado por otras medidas concurrentes con la maduración del capitalismo agrario —como el Estatuto del Peón rural— y un relativo retroceso de la influencia de los grandes terratenientes ante el avance de la industrialización y las posiciones políticas de la burguesía industrial expresadas entonces por el peronismo (Martínez, 2009).

Mientras tanto, dos características de la producción chacarera contribuyeron fuertemente a su sostenimiento: la explotación mixta (agrícola y ganadera) y la residencia rural, las cuales estimularon el despliegue de la unidad familiar, al exigir —más allá de los picos estacionales— un aporte laboral permanente, el cual difícilmente se resuelve sin que toda o una parte suficiente del grupo doméstico resida en la explotación, la cual además de núcleo productivo es el espacio principal de socialización del grupo familiar.

Cabe recordar que la chacra mixta fue durante mucho tiempo, y especialmente en las primeras siete décadas del siglo XX, un tipo de establecimiento que sumó a la agricultura

—generalmente la actividad principal— el concurso de la ganadería vacuna (cría, engorde y tambo, en pequeñas escalas), del ovino y, especialmente en la zona maicera, del porcino. Estas actividades tuvieron en general una orientación comercial, pero también resultaron en muchos casos consistentes con el consumo doméstico, articuladas con la presencia de huertas, gallinas y otros animales de corral.

De manera que eran todas estas producciones, más que los cultivos extensivos propiamente dichos, las que reclamaban la presencia, con una considerable participación en el trabajo necesario, de un núcleo familiar residente en la explotación.

Un proceso lento pero constante de especialización productiva, de creciente profesionalización de las actividades, y las progresivas modificaciones en los planteos productivos determinadas por las rentabilidades relativas de las diferentes actividades, fueron horadando lentamente los esquemas tradicionales, que sufrirían un rudo cimbronazo —especialmente en el cinturón maicero— con la introducción del doble cultivo trigo-soja a partir de la década de 1970 (Martínez, 2013).

En este sentido, el abandono de la huerta y la cría de aves de corral, articulada con la mayor rentabilidad de la agricultura que tendió a desplazar a la actividad ganadera del interior de las chacras donde las características ecológicas de los campos lo permitieron —con la liquidación de las correspondientes instalaciones—, determinaron en muchos casos el abandono de la residencia en la explotación de muchas familias chacareras, lo cual acarrió por un lado un cambio de vida (Balsa, 2006), y por otro la apertura a otras actividades extraprediales, debilitando el contenido familiar de numerosas explotaciones, el cual quedó acotado al aporte laboral en el desarrollo de la agricultura extensiva.

Sin perjuicio de estas tendencias, y especialmente luego de cerrada en lo fundamental la antigua cuestión agraria, resulta indudable que durante el siglo XX, con hitos como la mecanización de la cosecha de maíz y la propietarioización de una parte de los chacareros arrendatarios, la agricultura familiar campesina capitalizada o chacarera mantuvo una presencia relevante —lo cual resulta de un balance de avances y retrocesos—,¹ sostenida en la combinación de escalas reducidas y niveles tecnológicos potenciadores de la suficiencia del trabajo chacarero, y también por la extensividad de la producción agrícola y la lentitud relativa de la tendencia a la concentración del capital agrario (incluida la eliminación de las unidades menos competitivas), circunstancias que se extendieron al menos hasta mediados de la década de 1970.

1 Cabe consignar que así como en el ámbito pampeano, sobre todo en la producción de granos, prácticamente ya no existen campesinos de tipo tradicional —productores familiares no capitalizados con bajísimas posibilidades de acumulación—, en regiones como la del noreste y noroeste del país aun resulta visible su presencia, más estable en aquellos territorios relativamente marginales respecto a la expansión del capital.

El desarrollo del capitalismo y el retroceso de la producción familiar chacarera

La producción familiar en la agricultura moderna, a partir de un prolongado proceso histórico y en el marco de las determinaciones que imponen las relaciones y el predominio del modo de producción capitalista, tiende a descomponerse, a integrarse y a redefinirse (Azcuy, 2004). Siendo un hecho históricamente irrefutable la descomposición –tendencial, *suficiente*² y progresiva– del campesinado y de la agricultura familiar, también hay que tener en cuenta que, en diversas medidas según los distintos países, no se trata de un proceso acabado o de inminente culminación. En este sentido, lo que sí se puede afirmar es que las leyes propias del desarrollo del capital estimulan una situación de inestabilidad de la organización social del trabajo familiar, alimentando la pulsión desestructurante que tendencialmente determina, en nuestro caso pampeano, la desaparición de numerosas pequeñas y medianas explotaciones, mayoritariamente chacareras.

Cuadro 1. Número de explotaciones agropecuarias (EAPs) de la región pampeana en 1988 y 2002, según provincias

Censos	Buenos Aires	Córdoba	Entre Ríos	La Pampa	Santa Fe	R. pampeana
1988	75.479	40.061	27.132	8.631	36.862	188.165
2002	51.107	25.620	21.577	7.774	28.034	134.112
Diferencia	24.372	14.441	5.555	857	8.828	54.053
%	32,3	36,0	20,5	9,9	23,9	28,7

Fuente: elaboración propia en base a datos del INDEC. Censos Nacionales Agropecuarios 1988 y 2002.

Cuadro 2. Evolución del número de EAPs de la región pampeana entre 1988 y 2002, según escala de extensión (cantidades y porcentajes)

Región pampeana	Hasta 5 has	5,1 25	25,1 100	100,1 200	200,1 500	500,1 1000	1000,1 2500	Más de 2500	Total
EAPs 1988	9.792	22.003	53.259	35.845	37.665	15.543	9.731	4.327	188.165
EAPs 2002	4.484	12.550	33.496	24.294	29.352	14.978	10.294	4.664	134.112
Diferencia	5.308	9.453	19.763	11.551	8.313	565	563	337	54.053
Diferencia %	-54	-43	-37	-32	-22	-4	+6	+8	-29

Fuente: elaboración propia en base a datos del INDEC. Censos Nacionales Agropecuarios 1988 y 2002.

Este fenómeno no se expresa solamente en la modalidad extrema de eliminación de unidades, sino que también la erosión capitalista de las formas de producción predominantemente familiares en el ámbito rural puede reconocerse en el hecho ya mencionado de que muchos agricultores continúan siendo productores directos mientras explotan trabajo asalariado, y también en que una parte de los asalariados rurales continúan operando explotaciones agrarias, propias o arrendadas, insuficientes para la reproducción del núcleo familiar (Murmis, 1974).

2 La descampesinización es condición y resultado de la extensión de las relaciones de producción en el campo basadas en el trabajo asalariado, pero ésta no es un proceso absoluto sino apenas suficiente. (Azcuy Ameghino, 2004).

Por otro lado, también la persistencia de campesinado de tipo farmer (parecido al chacarero pampeano) en las economías capitalistas más avanzadas da cuenta de la desigualdad del desarrollo del capital en la agricultura (Newby, 1982). Sin perjuicio de ello, resulta sin embargo un rasgo común –y sobre todo notorio a partir de las últimas décadas– que los productores familiares, constituyendo todavía una fracción bastante numerosa dentro del universo de las explotaciones agrarias, a medida que avanza el desarrollo capitalista van perdiendo su antigua incidencia en la producción, aunque de manera mucho más lenta e irregular que la forma lineal y absoluta que atribuyen algunos autores a la visión marxista del proceso de descampesinización.³

En el caso de la pampa húmeda argentina los números que expresan estos procesos se reflejan en la desaparición –incipiente pero ya visible a partir de los años 60– de explotaciones agropecuarias de base familiar, en su decreciente peso económico, y en el consiguiente recorte de sus recursos (tierra disponible, capital de trabajo, maquinaria). Por otra parte, este fenómeno tendencial, irrefutable en la larga duración, no deja de registrar ciclos habitualmente breves en los cuales, a partir de coyunturas relativamente excepcionales, se producen amesetamientos o reversiones parciales de los procesos estructurales (Martínez, 2008).

Con ser las más extendidas y estudiadas, las mencionadas hasta aquí no son las únicas modalidades mediante las cuales va perdiendo entidad la producción familiar de tipo chacarero, habiendo cobrado durante las últimas dos o tres décadas importancia creciente el efecto transformador que genera el recurso cada vez más generalizado al llamado contratismo de servicios.⁴

Ahora bien, ¿cómo incide en la caracterización de las explotaciones familiares (y de sus titulares) el recurso pleno al contratismo de servicios? ¿Qué queda del carácter familiar de las explotaciones donde hasta ese momento resultaba predominante el aporte de la mano de obra doméstica luego de la tercerización de las diversas labores agrícolas?

Si bien la utilización de contratistas es una actividad conocida desde el siglo XIX, cuando se destacaban los encargados de realizar la trilla, su influencia no revestía la trascendencia como determinante social que ha adquirido en los últimos años, sobre todo a partir de la extensión del doble cultivo trigo-soja y, muy especialmente, con la más reciente generalización de la siembra directa a partir de mediados de los noventa.

3 Este proceso sin duda no es lineal, y sí irregular y contradictorio. Así, en la región pampeana se observa que junto a las formas “clásicas” (*descomposición hacia “arriba”*, vale decir reproducción ampliada y aburguesamiento, en el sentido de suplantación de trabajo familiar por diversas formas de trabajo asalariado; y *reproducción incompleta* y expulsión de la producción de pequeños y medianos productores de base familiar) también se verifican otro tipo de transformaciones. Por ejemplo, la mayor capitalización –que puede expresarse en una superior dotación de maquinaria– puede conducir a algunos chacareros a una condición de puros burgueses, pero también, paradójicamente, a otros los afianza en su carácter de productores familiares, en la medida que dicha capitalización materializada en un incremento de la mecanización ahorra fuerza de trabajo los revaloriza como productores directos (tal como ocurrió en numerosos casos a partir de la mecanización de la cosecha de maíz en los años 50 del siglo XX)

4 El recurso al contratismo de servicios consiste en la tercerización de las tareas culturales. El denominado contratista, propietario de la maquinaria que presta el servicio de labores –de acuerdo al volumen económico de su empresa con mayor o menor participación de trabajo asalariado–, percibe como retribución una tarifa fijada por hectárea trabajada o un porcentaje de la producción.

**Este sujeto, que reorienta
crecientemente su aporte a
la producción afirmándose
cada vez más en el
desarrollo de funciones de
dirección y control,
difícilmente encuadra ya
en sus antiguas
denominaciones de farmer,
chacarero o productor
familiar capitalizado.**



En la medida en que las explotaciones de base familiar, que tradicionalmente tendieron a contratar la cosecha por el alto costo de la maquinaria en relación con las superficies cultivadas, van resignando la participación de la mano de obra doméstica y avanzando hacia la tercerización de la siembra y los cuidados del cultivo –aplicación de herbicidas, fertilizantes, etc.– el efecto disruptivo de este recurso sobre su naturaleza socioeconómica puede alcan-

zar el rango de suficiente para transformar el carácter de dichas explotaciones chacareras, vaciándolas de sus contenidos específicos y definitorios. Lo cual, mediante su redefinición, tiende a reubicarlas al interior de la estructura agraria, conclusión inexcusable en la medida que se considere a la organización social del trabajo como núcleo duro en torno al cual definir a los diferentes sujetos.

En base a este fenómeno, cuyo progreso quedó reflejado por los datos que entregó el Censo Nacional Agropecuario del 2002 respecto a su predecesor de 1988, resulta que las explotaciones que podían identificarse como predominantemente familiares pierden total o parcialmente –según la proporción de labores que tercerizan– su carácter chacarero, al restringirse o desaparecer el aporte de trabajo físico, manual, del grupo doméstico.

En estas circunstancias este tipo de productores en proceso de transformación social ven potenciado su componente de inversores de capital –por ejemplo en semillas, agroquímicos y otros insumos–, al cual valorizan mediante la explotación indirecta del trabajo ajeno proveniente de su relación económica con los contratistas de servicios, que en presencia de trabajo asalariado cumplen el rol de capitalistas en activo en tanto apropiadores de primera mano de una masa de plusvalía que luego reparten con el organizador de la producción.⁵ Este sujeto, que reorienta crecientemente su aporte a la producción afirmándose cada vez más en el desarrollo de funciones de dirección y control, difícilmente encuadra ya en sus antiguas denominaciones de farmer, chacarero o productor familiar capitalizado.

De este modo las explotaciones “familiares” fundadas en la contratación de todas las labores deberían pasar a encuadrarse, según corresponda a su escala económica, en la pequeña y mediana producción capitalista. Y no ya en el sentido amplio de tratarse de unidades familiares subsumidas en el régimen capitalista, sino porque sus titulares –arrendatarios o propietarios (en cuyo caso teóricamente deberían percibir también la renta del suelo)– han

5 Nótese que en el caso de los contratistas de labores de menor envergadura económica, con participación o predominio del trabajo familiar, no varía la dinámica mediante la cual el titular de la explotación se apropia del trabajo ajeno, que en este caso se halla originado en el plustrabajo de dichos contratistas.

dejado de ser productores directos, desnivelando su doble y contradictoria alma –capitalista y trabajador– a favor del primero de sus componentes.

Hemos explicado que dependiendo de la proporción de las labores tercerizadas queda abierta una vía para la transformación de la producción de base familiar en específicamente capitalista. Sin embargo, este no es el único efecto emergente de dicho recurso.

Como bien han observado algunos autores, también la *tercerización parcial* del proceso de trabajo puede vincularse a un segundo efecto que, en virtud de haber denominado al primero como *de transformación*, podría caracterizarse como *de permanencia* (Azcuay, 2009), en tanto se lo considere parte de las estrategias de supervivencia de productores familiares relativamente descapitalizados (Tort, 1983). Al respecto, partiendo del supuesto (anotemos que polémico) de que en los últimos años se produjo una disminución relativa de los costos de prestación de labores en virtud del agudizamiento de la competencia entre los contratistas, podría ocurrir que “aquellos que no pudieron realizar las inversiones encontraron en el mercado de contratación de labores la posibilidad de producir utilizando tecnologías de última generación” (Cloquell *et al.*, 2007: 129).

En este caso, una parte de la generación de valor en la unidad productiva –y proporcionalmente su propia reproducción– es aportada indirectamente por el plustrabajo aportado por el contratista. Esta plusvalía, originada por fuera del grupo familiar, reduce su participación y cuestiona –pero no altera completamente– el carácter de la explotación, la que aún retiene parte de su componente familiar. La paradoja de este sujeto social empobrecido, cuya tercerización defensiva de labores lo sostiene como agente productivo, es que se aburguesa tanto como se aproxima a la quiebra.

Expresiones de la crisis de la agricultura familiar

Sintetizando parte de lo expuesto, se puede afirmar que la profundidad de la crisis de las explotaciones de base familiar de la región pampeana, agudizada desde la década de 1990 bajo los efectos del modelo neoliberal impuesto por entonces (Cloquell y Azcuay, 2005), posee diversas expresiones y maneras de manifestarse, entre las que pueden mencionarse:

- a) la desaparición de establecimientos agropecuarios cuyos titulares se ven obligados a liquidar sus intereses y se retiran del sector;
- b) el cese forzado de la actividad de explotaciones deficitarias que deben vender parcialmente sus tierras y/o arrendarlas a terceros manteniendo de ese modo cierta conexión con el agro;
- c) la discontinuidad de la actividad productiva de EAPs cuyos dueños se ven tentados por la oferta de altos arriendos, que suelen representar –con menor riesgo– la suma de la renta y ganancia que podrían obtener manteniéndose en actividad;
- d) el abandono del trabajo manual, físico, en la producción –que los define como pro-

- ductores directos de base familiar– mediante el recurso a la tercerización de todas o casi todas las labores culturales mediante el contratismo de servicios;
- e) la difícil y amenazada permanencia en operaciones de unidades productivas que no alcanzan la reproducción ampliada, y acumulan años de reproducción simple, y/o la combinan con períodos prolongados de quebrantos y endeudamiento, característicos de formas de reproducción incompleta;
 - f) el recurso, cuando es obligado, a la pluriactividad del productor y/o miembros de su familia a los efectos de redondear un ingreso que complemente el proveniente de la EAP, contribuyendo de ese modo a mantenerla operativa;
 - g) las dificultades constantes –con quiebras frecuentes y generalizadas– de los pequeños y medianos contratistas de labores, que deben competir en condiciones desiguales con las empresas dotadas de numerosas, variadas, modernas y potentes maquinarias y equipos, cuyas tarifas y manejo de los tiempos les otorgan una posición de privilegio en el mercado de los servicios.

Complementariamente, incorporando otra línea de análisis, cabría pensar la interrelación entre los factores que asociamos con la crisis de la pequeña producción de base familiar con las características que asume actualmente la producción de cereales y oleaginosas en la región pampeana. En este sentido, en el caso de unidades puramente agrícolas, operadas por productores de base familiar capitalizados –es decir personas que siembran, cuidan y raramente cosechan sus cultivos en escalas relativamente reducidas–, se trata de agentes económicos cuya ocupación en calidad de productores directos se circunscribe en su mayoría a unos 10 o 15 días de trabajo sobre los 365 del calendario.

De esta manera, en el mejor de los casos, la vigencia de la producción familiar asociada a los granos de exportación, deja libres 350 días al año para explorar personalidades socioeconómicas alternativas o complementarias al carácter de chacareros, lo cual sin duda plantea una agenda de investigación en la que ocupa un lugar privilegiado el estudio de sus posibles actividades *off-farm* o pluriactivas (Craviotti, 2002).

Como puede observarse, incluso más allá de los efectos negativos provenientes de la concurrencia en un mercado dominado por los grandes capitales agrícolas (Fernández, 2010), las características de los procesos productivos en las escalas habitualmente operadas por las explotaciones chacareras resultan sugestivamente contradictorias con su supervivencia en cuanto tales productores familiares.

Reflexiones finales

Sin perjuicio de las diversas consideraciones que hemos realizado, del conjunto de situaciones expuestas, asociadas al momento actual (mediados de la década de 2010) del Estado y vicisitudes de la pequeña producción agraria pampeana de base familiar y la mayor parte de la

mediana, combinando una visión de los aspectos socioeconómicos de base estructural con la acción colectiva emanada de ese conjunto, se arriba a un diagnóstico o conclusión contradictoria, donde por un lado –en tanto colectivo de unidades productivas– dicho bloque se viene progresivamente debilitando y cediendo espacio en la trama socioproductiva. Y por el otro, continúa constituyendo –bajo la imagen y el concepto del *mundo chacarero*– un poderoso actor en virtud de una capacidad de movilización e incidencia política que marcha comparativamente desacompañada, y en cierto sentido desproporcionada, con su inserción estructural.

Es en este carácter que las pequeñas y medianas unidades agrarias –tanto las de base familiar como las predominantemente capitalistas– constituyen hoy día, entornadas difusamente por los dispersos y políticamente desprovistos asalariados rurales,⁶ la parte más visible de la base popular de lo que suele denominarse “el campo”, resultando como tal tanto víctimas de la concentración del capital como sujetos de la resistencia a su profundización.

En este último sentido, su remarcada capacidad de actuación se potencia por el hecho de que en el plano cultural –donde se define y expresa su identidad colectiva– la desestructuración de la producción de base familiar posee tiempos más lentos y modalidades menos agudas que en el ámbito material. Lo cual significa que, a nivel político-ideológico, lo relativamente desestructurado y disperso en el plano de la organización social de la producción tiende a reunirse y fortalecerse por la confluencia de una variedad de afluentes, compuestos por las diversas personalidades que comparten (y/o imaginan compartir) cercanas raíces chacareras. Entre ellos los chacareros pobres, los medios y la capa inferior de los más aburguesados, buena parte de los contratistas de labores, muchos mini rentistas, los pequeños capitalistas provenientes de la producción familiar por tercerización completa del cultivo, e incluso otros capitalistas de poca envergadura económica, que encuentran coherente su acomodamiento en el plano de la representación al interior del conjunto descripto. Todos ellos sin duda víctimas de la concentración del capital, la producción y el uso de la tierra por parte de una restringida elite de terratenientes capitalistas, grandes arrendatarios y pooles de siembras: los concentradores.

Bibliografía

- Ansaldi, Waldo (1991). “Hipótesis sobre los conflictos agrarios pampeanos”. *Revista Ruralia* N° 2. 7-28.
- Azcuy Ameghino, Eduardo (1995). *El latifundio y la gran propiedad colonial rioplatense*. Buenos Aires: García Cambeiro.
- Azcuy Ameghino, Eduardo (2004). “Capitalismo y campesinado: el marxismo y las clases sociales en el campo”. En *Trincheras en la Historia. Historiografía, marxismo y debates*, E. Azcuy Ameghino; 163-190. Buenos Aires: Imago Mundi.

6 Enfatizamos bajo este enunciado la débil sindicalización de los obreros agrícolas pampeanos, el carácter burocrático e irrepresentativo de su organización gremial, y su cuasi nula actuación en tanto actor político específico y diferenciado (Villulla, 2010).

- Azcuy Ameghino, Eduardo (2009). "El papel del contratismo de servicios de maquinaria en la caracterización socioeconómica de las pequeñas explotaciones agropecuarias". *Realidad Económica*, N° 244: 26-37.
- Azcuy Ameghino, Eduardo (2011). *Una historia casi agraria. Hipótesis y problemas para una agenda de investigación sobre los orígenes y desarrollo del capitalismo en Argentina*. Buenos Aires: Ediciones del PIEA.
- Balsa, Javier (2006). *El desvanecimiento del mundo chacarero*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Boglich, José (1937). *La cuestión agraria*. Buenos Aires: Editorial Claridad.
- Cloquell, Silvia y Eduardo Azcuy Ameghino (2005). "Las reformas neoliberales y las transformaciones en la estructura social agraria pampeana (1991-2001)". *Revista Alasru, Análisis latinoamericano del medio rural*. N° 1: 69-108.
- Cloquell, Silvia, R. Albanesi, P. Propersi, G. Preda y M. De Nicola (2007). *Familias rurales. El fin de una historia en el inicio de una nueva agricultura*. Rosario: Editorial Homo Sapiens.
- Craviotti, Clara (2002). "Configuraciones socioproductivas y tipos de pluriactividad: los productores familiares de Junín y Mercedes". *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, N° 17: 93-118.
- Fernández, Diego A. (2010). "Concentración económica en la región pampeana: el caso de los fideicomisos financieros". *Revista Mundo Agrario* N° 21. Disponible en: <http://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/rt/printerFriendly/v11n21a01/355>
- Martínez Dougnac, Gabriela (2008). "Subsistencia y descomposición: notas sobre el devenir de la agricultura familiar pampeana". En *Pasado y presente del agro argentino*, J. Balsa, G. Mateo y S. Ospital (Comps.): 571-587. Buenos Aires: Editorial Lumière.
- Martínez Dougnac, Gabriela (2009). "Capitalismo agrario pampeano y conflictividad durante el primer peronismo. Hipótesis y problemas". *Documentos del CIEA*, N° 4: 63-79.
- Martínez Dougnac, Gabriela (2013). "De los márgenes al boom. Apuntes para una historia de la sojización". En *De especie exótica a monocultivo. Historia económico-social de la sojización*, Gabriela Martínez Dougnac (Coord.): 1-30. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Murmis, Miguel (1974). *Tipos de capitalismo y estructura de clases*. Buenos Aires: La Rosa Blindada.
- Newby, Howard (1983). *Introducción a la sociología rural*. Madrid, Alianza Editorial.
- Palacio, Juan Manuel (2006). *Chacareros pampeanos. Una historia social y productiva*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Pucciarelli, Alfredo R (1986). *El capitalismo agrario pampeano, 1880-1930*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Tort, María Isabel (1983). "Los contratistas de maquinaria agrícola: una modalidad de organización económica del trabajo agrícola en la pampa húmeda". *Documento de Trabajo CEIL* N° 11.
- Villulla, Juan Manuel (2010). "La política económica de los 90' y sus efectos sobre la organización social del trabajo agrícola en la pampa húmeda, 1991-2001". *Documentos del CIEA* N° 5: 73-90.
- Volkind, Pablo (2011). "Los procesos de trabajo agrícola en los cultivos de trigo y maíz durante la expansión agroexportadora, 1895-1920". *Documentos del CIEA* N° 7: 201-237.